

CONCIERTOS

CONCIERTOS SINFONICOS DEL CENTENARIO DEL CONSERVATORIO NACIONAL

Formando parte de los actos conmemorativos del Centenario del Conservatorio Nacional de Música, se realizaron tres conciertos sinfónicos gratuitos que tuvieron como distintivo: dar oportunidad de actuar a solistas formados en el Conservatorio y propiciar la ejecución de obras nacionales. El primero de estos programas incluyó obras de Roberto Schumann, Franz Liszt y de los compositores chilenos Enrique Soro y Carlos Isamitt. Dobrila Franulic actuó como solista en el Concierto de Schumann, para violoncello y orquesta. Dentro de la producción del gran músico romántico este concierto es sin duda uno de sus aspectos más débiles. Hay algo de opaco y confuso en su estructura, que no se realza con el vuelo inventivo que es frecuente encontrar en Schumann. La actuación de la solista fué discreta y no dió, por su parte, mejor relieve a la obra. El Concierto N.º 2 de Liszt para piano y orquesta fué oportunidad para que una alumna del Conservatorio, Elma Miranda, se mostrara como una segura promesa en su especialidad. Acreditó excelentes condiciones técnicas y un temperamento vigoroso que logró sacar muy buen partido del virtuosismo y el brillo de esta conocida obra del músico húngaro. La Suite N.º 2 de Enrique Soro pertenece a una etapa ya superada en la trayectoria de este maestro chileno. Representa un primer romanticismo, de raigambre programática, cuya realización no posee esa intensidad expresiva, enmarcada en sólidos conceptos formales, que distingue singularmente la producción de Enrique Soro. Las cualidades de brillante orquestador y fluido melodista que caracterizan al compositor chileno, destacan sobre los demás aspectos de esta obra temprana, todavía demasiado sujeta a modelos románticos de muy fácil acceso y sobremanera vehementes. En la Suite del Ballet «El Pozo de Oro», de Carlos Isamitt, de la cual se ejecutó «Introducción y Danza», se hacen presentes muchas de las mejores cualidades que distinguen el estilo de este músico chileno. En primer lugar su habilidad como buscador de interesantes efectos orquestales, con los cuales reviste atrayentemente la partitura. La Introducción señala todo un acierto en la combinación del ambiente orquestal y una voz de soprano solista, que se mueve dentro del clima armónico en una línea independiente, de mucha exigencia para la cantante. Tal vez sea éste el mejor trozo de los dos ejecutados, pues la Danza nos pareció evidentemente disminuída en su interés rítmico frente a lo denso de su revestimiento orquestal, sin duda muy atrayente, pero demasiado copioso en relación con los demás elementos de la composición. «El Pozo de Oro» fué premiado en los Concursos Musicales del Cuarto Centenario de Santiago en 1942. Dirigió Víctor Tevah y la cantante Inés Tapia actuó como solista.

El segundo concierto de esta serie comprendió obras de Mendelssohn, Frederick Focke, Juan Casanova, Luigi S. Giarda y Emeric

Stefaniai. El Concierto de Mendelsohn para violín y orquesta tuvo como intérprete al alumno del Conservatorio, Jorge Arellano, quien tocaba por primera vez en público. Salvadas las naturales desventajas que encierra esta circunstancia para un intérprete joven ante una obra tan representativa, Arellano supo destacarse como un valor efectivo, de muy serias cualidades. El compositor holandés Frederick Focke, formado musicalmente en las enseñanzas de Anton von Webern, se encuentra avecindado en Chile desde 1945, y se ha vinculado a nuestro movimiento musical actuando como pianista, compositor y profesor. Focke distingue su estilo por las cualidades derivadas de un atonalismo expresionista, cuyas libertades tonal y formal son el producto de una imaginación exuberante, puesta al servicio de una intención fuertemente dramática. Tales son las características evidenciadas por este autor en sus «Canciones sobre textos de Rainer M. Rilke», y que se hacen igualmente presentes en la «Sinfonietta» estrenada en este concierto. Dentro de la adhesión a los principios atonales adoptados por este músico, su estilo señala a un creador de indiscutibles méritos, dotado de una técnica muy segura que le permite usar los recursos más avanzados con una liberalidad que no rompe el necesario equilibrio respecto a la intención expresiva, siempre presente en su obra. Se ejecutó seguidamente «El Huaso y el Indio» y «Alegre la Tristeza y Triste el Vino», del compositor chileno Juan Casanova Vicuña. Este músico que ha actuado en los campos de la creación musical y de la dirección orquestal, distingue su labor de creador por una cercanía voluntaria a los rasgos característicos del impresionismo. De ellos extrae el color armónico y el refinado trabajo de la orquestación. Pero estos recursos son empleados muy hábilmente en el servicio de una inspiración enraizada en lo tradicional chileno. De esta manera Casanova vincula su nombre a los mejores trabajos musicales que se hayan escrito sobre temas nacionales. Dentro de sus obra destaca en un lugar especial su breve poema sinfónico «El Huaso y el Indio», que ilustra musicalmente la dualidad de caracteres entre un aborígen y un criollo. Casanova recurre en esta obra a rasgos rítmicos y melódicos propios de la música araucana y del cancionero criollo, oponiéndolos dentro de un clima armónico, intensamente coloreado, en el que logra los mejores aciertos orquestales y de sonoridad. En un plano un poco inferior en cuanto resultado, podemos colocar «Alegre la Tristeza y Triste el Vino», la segunda obra ejecutada, melancólica página igualmente atrayente en su clima sonoro, pero sin el vigor característico y la personalidad original que distinguen la primera de las obras a que nos referimos. En la vida musical chilena del presente siglo, destaca la figura del compositor violoncellista y profesor italiano Luigi Stefano Garda, llegado al país en 1905, como una de las figuras que impulsaron el desarrollo de nuestra música, gracias a su vasta labor pedagógica, crítica y de creación. El músico italiano cultiva un estilo de raíz romántica, de elevada estirpe melódica y de muy sólida categoría formal. Las características postwagnerianas que el compositor incorporó en su juventud, determinaron en él un estilo cuya grandiosi-

locuencia y fogosidad saben combinarse maestramente con el manejo sabio de las formas. Dentro de estas líneas, su «Tríptico», para tres voces y orquesta, ejecutado en este concierto, representa una obra de innegable valor en la producción del autor y es característica de una época de nuestra música. Luigi S. Giarda entregó a las partes de las sopranos solistas pasajes de mucha exigencia, por la constante intensidad y dramatismo de su lenguaje. Olinfa Parada, Laura Krahn y Teresa Orrego tuvieron la responsabilidad de la parte vocal. El Concierto terminó con la ejecución del «Concierto Húngaro» para piano y orquesta, del compositor Emeric Stefaniai, de la misma nacionalidad y residente en nuestro país. Un evidente apego a lo característico del estilo lisztiano, a la pomposidad y brillo que este maestro maneja con tanto énfasis, surgen de la audición de esta obra, cuyo virtuosismo encontró en Margarita Laslofy de Stefaniai una ejecutante dueña de los recursos de técnica e interpretación capaces de realzar los mejores valores de esta composición, una de las primeras obras de su autor.

El tercer concierto de esta serie se inició con el Poema Sinfónico «El Conde Ugolino», del compositor italiano Quintano, residente en Chile desde fines del siglo pasado. Se refleja en esta obra un clima de inspiración romántica, trabajado con abundantes recursos sonoros, lo que no obsta para que la obra conserve demasiado las limitaciones de una época ya superada. El joven violoncellista Arnaldo Fuentes actuó como solista en el Concierto de Saint Saens para violoncello y orquesta. Los escasos méritos musicales de esta obra, ya que prima en ella un virtuosismo avasallador, fueron hábilmente captados y puestos de relieve por el intérprete, quien demostró poseer la pasta de los futuros grandes virtuosos de su difícil instrumento. Jorge Urrutia Blondel es uno de los compositores chilenos que, adhiriendo a las características impresionistas, ha sabido emplearlas con mayor personalidad en la búsqueda de ambientes sonoros. La habilidad de este músico en el terreno del refinamiento sonoro es quizá su cualidad más sobresaliente. En la Suite «Música para un cuento de Antaño», especie de colorido guión musical sobre un argumento infantil inexistente, se recogen muchas de sus mejores experiencias orquestales y armónicas. La serie de pequeños trozos de la Suite desfilan así, alternando episodios de variado interés musical y constituyen, finalmente, una obra que, aunque fragmentaria necesariamente, mantiene una unidad ambiental lograda con todo acierto característico. El último número del programa fué el Concierto para piano y orquesta N.º 3 de Beethoven, cuya ejecución fué entregada a la alumna del Conservatorio María Elena Villar, quien obtuvo todo el partido posible de una obra tan exigente en sus diversos aspectos.

La dirección de estos programas estuvo a cargo del maestro Víctor Tevah, quien, junto a sus ya reconocidas dotes interpretativas, unió las de un comprensivo y entusiasta animador de los jóvenes solistas que actuaron bajo su batuta, a la vez que se demostró un acucioso intérprete de las obras de compositores nacionales.

EJECUCION DE «EL MESIAS»

Un esfuerzo artístico de categoría fué el realizado en esta temporada musical por el Coro de la Universidad de Chile, que dirige Mario Baeza, al preparar, a través de numerosísimos ensayos, una versión castellana de «El Mesías» de Haendel. Innecesario nos parece insistir sobre las características que distinguen a esta obra magna de la música coral de todos los tiempos, como quiera que su ejecución representa, en cualquier parte del mundo, un suceso señalado de la actividad musical, ya que exige intérpretes capaces de desenvolver, con la necesaria compenetración estilística y técnica, la complejidad y riqueza de su estructura musical. Nuestro coro universitario, impulsado por el entusiasmo de su director, realizó un «tour de force» que le colocó en situación de abordar la obra máxima del gran creador de Oratorios con la mayor seguridad y propiedad de estilo posibles. En esta etapa, el maestro Víctor Tevah tomó a su cargo el espectáculo general, uniendo bajo su dirección, a coro, solistas y orquesta, en la empresa de dar cima a la interpretación de esta obra gigantesca. La ejecución señaló, en general, uno de los éxitos artísticos de mayor categoría alcanzados en nuestro medio. Ni la obra permite contemplar aspectos aislados de su ejecución, ni tampoco sería un criterio acertado buscarlos para destacarlos ya sea favorable o desfavorablemente. Es necesario contemplar la ejecución de esta obra desde un plano general, y desde ese punto de vista su presentación reunió méritos indudables. Se trata de un esfuerzo que ha incorporado al repertorio de la joven agrupación coral universitaria una obra importantísima, que podrá seguir siendo trabajada año a año, mientras Víctor Tevah ha expuesto un gran resultado de su dinámica actividad de concertador. Los papeles solistas de la obra de Haendel estuvieron a cargo de la soprano Teresa Irrarázaval, la contralto Marta Rose, el tenor José Menich y el barítono Jenaro Godoy, quienes dieron a sus partes el realce vocal e interpretativo ajustado a las exigencias de la obra. Dentro de la actividad musical universitaria y de la vida musical nacional, esta ejecución de «El Mesías» señala una fecha auspiciosa y digna de ser saludada, como lo fué, por el comentario de la crítica y el público.

CONCIERTOS DE CAMARA

Alternando con los conciertos sinfónicos de homenaje al Conservatorio Nacional, se organizaron diversas audiciones de obras de música de cámara, que guardaron las mismas características señaladas, respecto a los programas e intérpretes, de aquellos conciertos.

Estas veladas de música de cámara se inauguraron con una audición de Sonatas para violoncello y piano, a cargo de Adolfo Simsek Vojic acompañado por Germán Berner. Ambos intérpretes ejecutaron las Sonatas de Enrique Soro y Bohuslav Martinu y la «Suite Italiana» de Igor Stravinsky. La Sonata de Enrique Soro es, sin duda alguna, una de sus obras capitales, al mismo tiempo que es

también la obra más destacada escrita en el país para esa combinación instrumental. Lo mejor de sus reconocidas cualidades de creador de sólido concepto formal y noble inspiración, se vierte con abundancia en esta obra que acredita no sólo el conocimiento cabal de las posibilidades del noble instrumento, sino su utilización en beneficio de una inventiva melódica y un trabajo temático realizado dentro de un severo formalismo henchido de impetuoso aliento romántico. La obra del compositor checo Bohuslav Martinů, muestra la riqueza de recursos, la movilidad de efectos sonoros y la medida con que este músico utiliza los procedimientos contemporáneos del arte sonoro. Observando un criterio más bien clasicista, Martinů ha obtenido una obra en la que el interés instrumental está trabajado con indudables aciertos, junto a los atractivos y efectismos propiamente sonoros, que dan personalidad y relieve a su estilo. La Suite de Stravinsky, concebida dentro del voluntario afán humorístico de glosar una melodía de Pergolesi con los recursos de su época y los de la actual, representa uno de aquellos momentos en que el genial maestro ruso parece complacerse en demostrar que nada le es prohibido en orden a manifestar la extraordinaria riqueza de inventiva y el caudal portentoso de recursos característicos y de color instrumental de que dispone. La ejecución de este programa colocó a ambos intérpretes en el plano de estimación artística que les ha sido reconocido unánimemente desde que actúan en nuestro medio. Tanto el profesor Simek como Germán Berner, han sabido destacarse como ejecutantes de una seriedad artística indiscutible, y este programa tan interesante no hizo sino reafirmarla una vez más.

En el siguiente concierto de esta serie realizado en el Conservatorio Nacional de Música, se ejecutaron obras de Pedro Núñez, Fedor Kabalin, Domingo Santa Cruz y J. S. Bach. Del compositor chileno Pedro Núñez Navarrete, discípulo de Pedro Humberto Allende, se ejecutó su Cuarteto de Violoncellos, por un conjunto formado por el profesor Simek Vojic y un grupo de sus alumnos. La obra de Núñez señala a un músico de expresividad íntima, recogida casi en lo profundo de una personalidad que no busca su decir musical con inquietud, sino más bien con voluntario apego a lo tradicional. No quiere decir esto que los recursos de Núñez sean solamente los de naturaleza clásico-romántica. Su estilo, predominantemente armónico, señala, como en su maestro, frecuentes incursiones en gamas exóticas y diseños modales que ambientan su lírica expresividad, teñida de un color post-romántico de fácil acceso. La construcción acredita un conocedor de la poco usual combinación instrumental empleada y en la cual el tono elegíaco del violoncello aparece usado con habilidad y soltura. Hace muy poco tiempo que vive entre nosotros el compositor yugoeslavo Fedor Kabalin, de quien se ejecutó en este concierto su «Divertimento» para siete instrumentos de viento. El compositor demuestra en esta obra una inventiva fértil, abundante de ideas trabajadas con una intención humorística que podría emparentarle inevitablemente con obras similares de Stravinsky; cercanía inobjetable, por lo demás,

en la creación musical contemporánea. Kabalín usa a destajo una fantasía abundante y un conocimiento verdadero de las posibilidades características del colorido instrumental. Sobresalen estas cualidades en un total que parece voluntariamente asimétrico y a ratos dislocado, aunque atrayente. El Cuarteto de Cuerdas N.º 2 de Domingo Santa Cruz se ejecutó a continuación. Es decididamente una de las producciones más representativas de la inquietante personalidad de este compositor chileno, y a la vez una de las más logradas en su género de las escritas en el país. Cuanto hay de tumultuoso, de variado y agitado en la vida y actividad del creador musical y combatiente artístico, que es su autor, se trasluce en esta composición, a veces frustrada en sus mejores inicios por un nuevo pasaje que contradice y quita la calma que parecía venir. Esto que decimos no es simple casualidad. La música de Santa Cruz busca el movimiento, la variedad, por sobre todo. Aun cuando ella llegue a comprometer—como a nosotros nos parece—la necesaria claridad expositiva que requiere un Cuarteto de Cuerdas. La constante preocupación contrapuntística es, a la vez, fuente de su mayor atractivo y de su mayor dificultad. Con todo, la obra respira una madurez ideativa que la señala entre las contribuciones mejores de las obras nacionales de su género. El último número del concierto, fué una oportunidad para que actuaran dos jóvenes valores del Conservatorio, las violinistas Ilija Stock y Norma Kokisch, las que en sus partes del Concierto para dos violines de J. S. Bach, demostraron poseer promisorias dotes. En las obras de cámara actuaron un grupo de instrumentistas de viento de la Orquesta Sinfónica; el Cuarteto formado por Ledermann, Dourthé, Fischer y Ceruti y un grupo de cuerdas de la Sinfónica bajo la dirección de Víctor Tevah.

Otro concierto de esta serie se llevó a efecto en el Teatro Bandera. En él se escucharon obras de Samuel Negrete, Juan Orrego, Benjamín Britten y J. S. Bach. La obra de Samuel Negrete, compositor chileno de vasta labor pedagógica y ex Director del Conservatorio, es representativa de una etapa de nuestra música en la que, como en otros países de América, la adhesión al impresionismo era la voz de orden. Etapa de búsqueda más allá de los cánones tradicionales, logró dejar gran número de obras que fueron después superadas por producciones de más acentuada individualidad y demostrativas del encuentro verdadero de una nueva vía. Las «Canciones Castellanas» de Juan Orrego Salas, pertenecen a las mejores obras escritas en nuestra música nacional. Su calidad fué reconocida al ser incluida esta obra en los Festivales de Música Contemporánea de la SIMC. en Palermo, 1949. La posición estética de este compositor guarda similitud en algunos aspectos con la del joven compositor inglés contemporáneo, Benjamín Britten, de quien se ejecutó una obra en este mismo concierto. Por ello nos remitiremos al juicio crítico publicado en «La Nación» de Santiago, en el que al comentar las «Canciones Castellanas» dice lo siguiente: «Se ejecutaron en seguida las «Canciones Castellanas» de Juan Orrego Salas, para soprano y conjunto instrumental, y «Las Iluminacio-

« nes», de Benjamín Britten, para soprano y cuerdas. Consideramos « oportuno unir estas dos obras y examinar aunque sea brevemente « su significación estética. El músico inglés y el chileno tienen de común, a nuestro juicio, el que rompen, cada uno en su medio, una « atmósfera algo densa, un ambiente ganado por tendencias musicales demasiado apegadas a un lenguaje oscuro, erizado de complejidades. En Inglaterra era el sintonismo germanizante de Elgar, Delius y otros; en Chile, o la vaguedad impresionista o la « complejidad traída por el atonalismo y politonalismo. En Inglaterra, Britten, con treinta y seis años, entra a hablar un idioma « directo, vigoroso, noblemente melódico, con gran riqueza de recursos; en Chile, Orrego, con treinta y un años, ha enseñado que « es posible que un músico chileno cante y use armonizaciones claras, sin que esto le confunda con el odiado academismo ni menos « con la acritud y aspereza sonora de quienes las creen sinónimos « de modernidad. Por ello, pensamos que ambos músicos se unen « en un hecho inobjetable en estos años de la vida musical de nuestro siglo: el abandono del experimentalismo, la vuelta a la emoción, el reencuentro de la técnica y el contenido espiritual en la « música. Quizá si esta tendencia cultivada, sin previo acuerdo en « diversos países del mundo, sea lo definitivamente «moderno» que « se va formando como el aporte más señalado de nuestra época. « La obra de Orrego es, indudablemente, una de nuestras mejores « composiciones nacionales. Su mérito estético lo consideramos definitivo y como un paso seguro dentro de la renovación de los « puntos de vista mantenidos hasta ahora entre nosotros, sobre « lo que es o no es un lenguaje contemporáneo. Hay en las « Canciones Castellanas» un neoclasicismo del que surge poesía musical « que, en su unión al texto literario, pasa por sobre ésta o aquella « época, es decir, es música de la mejor lograda, pues vive por sí « misma, sin sujeción a clichés pedantescos ni a tanteos experimentales que no corresponden a la formación espiritual de su « autor».

«Las Iluminaciones» de Benjamín Britten, ejecutadas a continuación, mostraron las valiosas cualidades de creador musical que posee este músico inglés, hoy en día el más interesante valor musical de su patria y uno de los principales creadores mundiales en el terreno de la ópera actual. Sobre los textos de Rimbaud, Britten construyó una serie de breves trozos en que la unión de la voz y el acompañamiento da campo para exquisitas demostraciones de la fluidez y riqueza de su estilo. La soprano Clara Oyuela, solista tanto en la obra de Orrego como en la de Britten, ha sido insuperable en su tarea de valorizar inteligentemente no sólo el fraseo y las características de ambos estilos, sino la pulcritud de la pronunciación tanto del castellano como del francés. El último número del programa fué una versión del Concierto en Fa Menor de J. S. Bach, por la alumna del Conservatorio María Inés Becerra, joven estudiante que demostró ir bien encaminada en su aprendizaje instrumental. Dirigió los conjuntos Víctor Tevah.

OTROS CONCIERTOS

Rayen Quitral, la soprano chilena y destacada intérprete mozartiana, visitó Santiago y ofreció tres conciertos. En el primero de éstos entregó pruebas evidentes de que los progresos interpretativos alcanzados por esta cantante excepcionalmente dotada por la naturaleza, eran admirables. La justeza de su fraseo, la increíble afinación, se igualaban con la facilidad de emisión y de manejo de su voz privilegiada en extensión y volumen. Los demás conciertos la hicieron apreciar algo disminuída en estas cualidades, pero, una vez recuperada su salud, se la pudo escuchar en la forma verdaderamente irreprochable en que supo ganar las ovaciones que saludaron su presentación en la capital de su patria.

* * *

La joven cantante chilena Inés Pinto ofreció un concierto en la Sala Cervantes, con obras de Purcell, Mozart, Paisiello, Schumann, Fauré, Leng, Britten y Debussy, aparte de un grupo de autores latinoamericanos que comprendió a Lorenzo Fernández, Sánchez Málaga, Vizcarra Monje y la chilena Ida Vivado. La cultura musical de esta cantante le permite sacar todo el partido posible de las obras que presenta. El cálido timbre de su voz aparece manejado hábilmente y da la entonación y relieve estilístico adecuado a las diversas obras, cuyo acompañamiento estuvo a cargo de la eficiente pianista Elvira Savi.

* * *

Después de una prolongada ausencia del país, se presentó en la Sala Cervantes la pianista Flora Guerra. La discípula de Rosita Renard posee condiciones sobresalientes, especialmente en el aspecto técnico, que logran dar a su ejecución una claridad expositiva, llena de vigor y exactitud. La calidad muy cuidada de su sonido destaca en su ejecución y fué la mejor característica evidenciada de la interpretación de un programa con obras de Bach, Beethoven, Brahms, Schumann, Debussy y los chilenos Leng y Allende.

* * *

Una de las entidades musicales privadas de mayor actividad es la Sociedad Mozart, de Santiago. Mantiene un coro mixto y un conjunto orquestal dirigidos por Jan Spaarwater, quien tuvo a su cargo la ejecución de un difícil programa que comprendió la Cantata 140 de Bach, el Concierto de Boccherini, para violoncello y orquesta, la Chaconne de Purcell para cuerdas, el Ave Verum de Mozart y el Concierto en Re menor para clave y orquesta de Bach. Tanta obra de responsabilidad fué en verdad un esfuerzo demasiado grande para el conjunto de aficionados, quienes cumplieron su tarea con grandes dificultades, a pesar de la labor destacada de los solistas instrumentales, Margarita Laslofy y el cellista Hans Loewe, y de los cantantes Sylvia Soubllette, José Menich y Pablo Sommer, solistas en la Cantata de Bach.

* * *

A fines del año pasado se formó en Santiago una nueva entidad artística, la Federación de Artistas, presidida por el compositor y pintor Carlos Isamitt. Este organismo que agrupa a numerosos músicos, ofreció como primera actividad un concierto de piano en homenaje a Federico Chopin. Actuaron en la ejecución de diversos trozos musicales del gran compositor polaco, los aplaudidos pianistas Hugo Fernández y Oscar Gacitúa, que figuran entre los más connotados intérpretes de la música chopiniana. En este mismo concierto la contralto Elha Fuentes estrenó cuatro lieder de Ida Vivado, sobre textos de Alberto Spikin, obras de atrayente lirismo y bien logrado interés sonoro, que acompañó al piano Hugo Fernández.

D. Q.